

confirmado en la fe de la Iglesia, dió solemnes gracias al Todopoderoso por haber corroborado el dogma Eucarístico. No paró aquí la bondad del Excelso, sino que, atendiendo segunda vez á las oraciones del Pontífice, quien solicitaba que la sagrada carne desapareciese de los sentidos, y que volvieresen éstos á contemplar la sagrada Hostia bajo los accidentes de pan, accedió á su petición, volviendo el Sacramento á su primitivo estado (1).

2. Los herejes severianos, de que hablan los hechos que referiré, usaban por materia del Sacrificio, en cuanto á la especie de vino, agua sola, mas respecto á la otra especie empleaban como los católicos pan de trigo; de modo que si estaban legítimamente ordenados, (aunque es probable no lo estuviesen muchos de ellos) al celebrar el santo Sacrificio, consagraban de hecho la especie de pan, pero no la de vino por usar materia ilegítima.

Esto supuesto, cerca de Egina, ciudad de la Cilicia, existían dos monjes estilistas, el uno católico y severiano el otro, separados el uno de su contrario seis millas. El monje hereje, más antiguo en la profesión, insultaba al católico, asegurándole que la secta de Severo era la verdadera y legítima Iglesia; mas el católico monje, inspirado de Dios, envió á decir á su opositor que le hiciese la caridad de mandar parte de la hostia con que comulgaba. Gozoso el hereje por creer que tenía engañado al católico, se la envió, y tomándola éste la sumergió en una olla de aceite hirviendo, deshaciéndose inmediatamente. Volvió á tomar otra Hostia consagrada de la Iglesia Católica y repitió la misma operación, mas en vez de deshacerse enfrió el aceite que estaba en ebullición, quedando ilesa y seca. Esta milagrosa Hostia se guardó luego decentemente, pudiéndola examinar más tarde S. Sofronio, según él mismo asegura.

He aquí un imponente milagro, mirado desde el punto de vista que se quiera; porque aun cuando la hostia del severiano estuviese consagrada, lo que no es muy probable,

(1) In vita ejus.

Dios quiso obrar semejante prodigio para convencer al hereje de que su Iglesia no estaba en posesión de la verdad; mas si no estaba consagrada, es mucho más de admirar por la misma razón, y además para dar á conocer cuál era la verdadera Hostia, en la cual se contenía Jesucristo.

3. Si célebre fué el prodigio que acabo de mencionar, no fué menos el que á continuación sigue: Refiere Hermoldo, presbítero de Buzovia, y lo trae Baronio en sus anales, que cierta joven de Turingia cayó gravemente enferma. Como arriesgase el peligro y pidiese la Santa Eucaristía por Viático, el sacerdote, después de habérsela ministrado, purificó sus dedos en un decente vaso, cayéndosele en él por descuido un pedacito de Partícula que se había pegado á aquéllos. Ignorante él de esta circunstancia, concluido su ministerio y dejada á la enferma el agua del vaso para que la bebiera, despidióse tranquilo. Cuando las parientas presentaron á la enferma el vaso del agua, dijo ésta: Cubrid este vaso y guardadlo, porque he visto caer en él un pedacito de Hostia consagrada. En el mismo instante se vió que el agua se transformaba en sangre y el pedacito de Hostia en visible carne, por lo cual, aterrorizadas las mujeres, comenzaron á dar grandes voces y profundos supiros, á los cuales acudieron, como es consiguiente, los vecinos. Atónitos los espectadores ante aquella visión, llamaron al sacerdote que había viaticado á la enferma, para que juzgara lo que debía obrarse en tal caso. Confundido y pasmado el ministro del Señor, y con el fin de que su Prelado lo ignorara, procuró ocultar lo que á públicos pregones debió de haber publicado. Sin embargo, como el Omnipotente obró semejante milagro, precisamente para confirmar la real presencia de su Hijo Santísimo en la Hostia consagrada, no permitió en manera alguna permaneciese oculto. Los mismos sacerdotes que se habían reunido para deliberar, como no conviniesen entre sí, acudieron al arcediano, quien lo notificó al arzobispo moguntino. Mientras tanto, colocaron sobre un altar el sagrado vaso cubierto con fino corporal, y todo el pueblo notó con doble admiración que, bajando una hermosísi-



ma paloma se posó en el labio del vaso, ocurriendo al propio tiempo, otro tercer prodigio: pues siendo la forma del vaso estrecho por la parte inferior y muy ancho por la superior, no sabían darse cuenta, cómo con el peso de la paloma no se vertía el sagrado líquido.

Aconteció este insigne milagro cerca de la fiesta de S. Vicente mártir, del año 1192; por lo cual el arzobispo de Maguncia, habiendo de visitar el pueblo en que sucedió el prodigio, mandó á los prelados inferiores y demás clero y pueblo se reuniesen para deliberar lo que debiera hacerse en este caso; á cuyo fin, congregándose en la casa de campo en que estaba el Sacramento, ordenaron una solemnísima procesión, en la que á pie descalzo, iban cantando las letanías. Llegaron á la ciudad Episfordia é hicieron estación en los montes llamados del Beato Ciriaco y del Bienaventurado Pedro donde cantaron solemnes misas en acción de gracias. Después se dirigieron á la Iglesia de la Virgen María, en cuyo templo, habiéndose vestido el arzobispo los hábitos pontificales, y exhortado fervorosamente al pueblo á la oración y dirigiéndose á Dios Nuestro Señor que tenía presente, le dijo: que siendo tan misericordioso para con los hombres, pues se había dignado extirpar el error, haciendo ver claramente á los ojos corporales la real presencia de su verdadera carne y sangre, hiciese volver la visión á su primer estado; esto es: ocultas bajo las especies de pan y vino.

Nuevo milagro se pedía; confiados no obstante en la Misericordia divina, permanecieron todos en silencio, orando con el corazón al Señor, para que tuviese la bondad de acceder á las súplicas del prelado. El Altísimo, empero, exigía todavía más oración, pues no accedía por entonces á los ruegos de su ministro. Entonces, éste ordenó se escogiesen nuevas y limpias piedras y se construyese otro altar, donde se colocase el Augusto Sacramento. Así se hizo; y, después de muchísimas y fervorosas preces, el Dios de la omnipotencia y misericordia accedió á la oración de aquel inmenso pueblo; la carne y sangre habían desaparecido de la vista corporal para dar lugar á la forma de antes.

No sabía el piadoso arzobispo cómo dar gracias á Dios. Sus ojos eran dos fuentes de ardientes lágrimas; mas á pesar de esto empezó un fervoroso sermón, poniendo por tema aquellas palabras del salmo: «Por el Señor ha sido hecho y es admirable á nuestros ojos». Concluyéndolo con la amonestación á todos los fieles de su jurisdicción para que, prosternados en el suelo, adorasen á Jesús Sacramentado. Cosa rara. Había ordenado el prelado que todos los de su diócesis se prosternasen; y hasta los parvulitos que estaban en sus cunas, levantándose, doblaron su infantil rodilla al Dios de amor; cumpliéndose lo del salmo: «Por boca de niños y de lactantes perfeccionaste la alabanza». El agua del milagro se colocó en la Iglesia de Episfordia, mas el vaso que la contenía se lo llevó consigo el arzobispo moguntino en cuya catedral se conserva hoy día.

4. Célebre fué también el milagro de milagros ocurrido año de 1264 en Bolsena. El Papa Urbano IV, acompañado de su Colegio de Cardenales se hallaba en Orvieto, pequeña ciudad que dista unas 20 millas de Roma. Al mismo tiempo había en Bolsena un sacerdote alemán que, celebrando cierto día el Sacrificio, al llegar á las palabras consagatorias, dudó si se efectuaría la transubstanciación. Pronunciólas, y la santa Hostia vertió pura sangre enrojeciendo el corporal. Dobló y redobló á éste con objeto de que no se pudiese venir en conocimiento de su falta; pero ¿cuál no sería su gran asombro, al ver por sí sólo desplegarse el corporal y que en todos y cada uno de los pliegues había penetrado la sangre, imprimiendo en todos ellos la figura de la Sagrada Hostia? Divulgóse al momento el milagro y en pocas horas llegó á oídos del Pontífice, quien ordenó llevasen el corporal maravilloso á la ciudad de Orvieto para examinarlo. Estudiado con madurez el asunto y, convencidos el Pontífice y Cardenales de la realidad del milagro, bendijeron á Dios y pusieron el mencionado corporal en un precioso relicario, obra maestra de la Edad Media, el cual se conserva todavía en la catedral de aquella Ciudad.

5. Si el Eterno no hubiera obrado otro milagro en con-



firmación del dogma de la Eucaristía, que el que obró mediante S. Antonio de Padua, no tendrían los herejes razón alguna para solicitar con desvergüenza prodigio alguno, para saber vanamente si la Iglesia Católica es la verdadera Iglesia de Dios. Él es tan notorio y tan veraz, que no lo insertara yo en este capítulo, si no creyera que él solo vale por todos. En efecto; algunas provincias de Francia en el siglo XIII estaban enormemente infestadas de la herejía sacramentaria y el Taumaturgo Paduano fué enviado á ellas para anunciar la divina palabra y convertir á los herejes. Con inusitado aplauso predicaba el santo los misterios de nuestra fe en un país extranjero, hablando su idioma con la misma propiedad y elegancia que si fuera el nativo. Pero desencadenáronse las furias del averno, y por medio de sus satélites usaron contra S. Antonio toda suerte de violencias, hasta del veneno y del cuchillo. No obstante, su celo no desmayaba. Desacreditados los herejes, se reunieron en conciliábulo para decidirse á ver quién de ellos se atrevería á disputar públicamente con el humilde franciscano. Al punto se presentó Guialdo, famoso dogmatizante de Tolosa, hombre muy versado en las sagradas escrituras, pero de genio acre y caluroso en las contiendas. No se desdeñó S. Antonio de admitir á semejante monstruo, antes bien, confiando en la protección de lo alto, esperó con humildad el día y hora señalados para la renombrada controversia. Llegó el momento en que el Dios Omnipotente debía triunfar públicamente de la sierpe infernal. Á este fin, colocados S. Antonio de parte de los católicos y Guialdo de los sacramentarios, reunidas para este objeto innumerables personas de ambas doctrinas, empezó el heresiarca á lucir sus vanísimos estudios. Peroró con mucha ostentación de ingenio y afluencia de lugares de la Sagrada Escritura para hacer ver al público que Cristo Señor Nuestro no se halla realmente en la Hostia consagrada. Mientras el hereje hablaba, su humilde competidor, armándose de la invencible confianza en el Padre de las luces, dejó pasar el torrente de paliadas blasfemias que Guialdo profería, y así que éste hubo concluído, levantán-

dose de entre la muchedumbre, cual bello sol que se eleva al amanecer sobre las crestas de los montes, vertió de su celestial boca las puras aguas de doctrina que sólo se encuentran en las límpidas fuentes del Salvador, dejando estupefacto al público. Si el heresiarca revolvió indignamente en su boca multitud de autoridades bíblicas para negar la Eucaristía, Antonio le hizo ver cuán mal aducidas estaban, rechazándole por otros lugares, de tal suerte, que no tuvo otro medio que callarse avergonzado. Hízole ver con tan fuertes razones la verdad del dogma de la Eucaristía, que, viéndose en su entendimiento convencido, pero en su voluntad obstinado por la vergüenza que le causaba el bochorno, apeló á otras pruebas más visibles á los ojos corporales. —Ahora, Padre Antonio, añadió, dejémonos de voces, palabras y disputas y vamos á las obras, y pues tanpreciado de católico é hijo de la Iglesia Romana, confías en los milagros que en confirmación de los artículos de la fe, fueron en los primitivos tiempos los motivos más poderosos de la prudente credibilidad, yo me daré por convencido, como á favor de este artículo de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento, obre Dios algún milagro. —Está bien; respondió S. Antonio, pues confío en la misericordia de mi Señor Jesucristo, que por ganar tu alma y la de tantos infelices que te siguen, obrará un portentoso milagro. —Pues elijo el milagro, añadió el heresiarca; yo tengo en mi casa un jumento el cual, si después de tres días que no haya comido ni bebido, á presencia de la Hostia consagrada, no apeteciere la comida que le pusiere delante, creeré firmemente que Jesucristo está real y verdaderamente presente en el Sacramento. Aguardó el santo los tres días que faltaban, con oración y ayunos y, llegado el tercero, se preparó para celebrar el tremendo Sacrificio de la Misa.

Todo se hallaba dispuesto; una numerosa concurrencia de personas de todas clases invadían el espacioso lugar para el efecto aparejado. El bruto que prometió el hereje, y que no había comido ni bebido cosa alguna en tres días, se hallaba á vista de todos; la apetecible comida la llevaban los



sectarios de Guialdo; sólo faltaba S. Antonio con la sagrada Hostia, el cual, así que hubo concluído de celebrar, cogióla reverentemente, y adelantándose hacia el bruto, después que á su lado hubieron colocado la cebada, dijo á éste con imperiosa voz: «En virtud y nombre de Jesucristo que tengo en mis indignas manos, te mando criatura irracional, que te llegues á reverenciar y dar adoración á tu Criador, para que convencida la proterva obstinación de los hombres, confiese, aleccionada de un bruto, las verdades de la Fe Católica-Romana y olvide avergonzada la ceguedad de sus errores». No bien el santo hubo acabado de pronunciar estas vitales palabras, cuando el bruto, despreciando la comida, se arrojó á sus pies, adorando al Sacramento. El milagro estaba consumado. Confundidos estaban los herejes, mas gozosos los católicos. Al verse Guialdo tan notoriamente avergonzado, confesó su culpa y se retractó de todos sus errores, haciendo otro tanto muchos de sus sectarios. No contento con esto el heresiarca convertido, trabajó por convertir igualmente á sus padres y, habiéndolo conseguido, edificó un templo en honor del Príncipe de los Apóstoles, grabando el milagro en el dintel de la puerta.

6. Hablando S. Leonardo de Porto-Mauricio del Sacrificio de la Misa, y del poder otorgado al Sacerdote para hacer bajar del cielo á Jesucristo, (1) refiere un milagro que Dios obró por intercesión del Beato Juan *el bueno* de Mantua para convencer de esta verdad á un curioso ermitaño. Dice, que este solitario, compañero del Beato, no podía comprender, cómo las palabras que pronunciaba el sacerdote en el acto de la consagración fuesen bastante poderosas para convertir la substancia del pan y del vino, en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Súpelo el mencionado beato, y viendo que el estado de su compañero era miserable, se avistó con él, y le condujo á una hermosa fuentecilla. Sentáronse junto á ésta y, tomando el siervo de Dios una poca de agua, la dió al ermitaño para que la bebiera. No bien éste la hubo apurado cuando, dirigiéndose á su compañero le dijo, que habiendo be-

(1) Tesoro escondido, cap. I, art. I, § 3.

bido agua, había gustado un vino tan exquisito que nunca lo probó mejor. «Pues bien, contestó el beato: ¿véis lo que significa este prodigio? Si Dios por mi mediación, y eso que no soy más que un miserable mortal, ha mudado el agua en vino, sin ver tú los accidentes del vino; ¿con cuánta mayor razón debéis creer que por medio de las palabras del sacerdote, que son palabras del mismo Dios, el pan y el vino se convierten en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, aunque se vean los accidentes de aquellas substancias? ¿Quién puede poner límites á la omnipotencia de Dios? Esto sólo bastó para que el triste solitario depusiese su error é hiciese rigurosa penitencia de su incredulidad.

Los milagros referidos son suficientes para materia del presente capítulo. Fuera mi deseo se reanimara la fe al examinar las portentosas maravillas que el Altísimo ha dispensado al mundo para que éste no pereciese en las funestas sombras de la herejía, y además para que los incrédulos se convirtiesen, palpando por sí mismos la realidad, antes oculta á sus ojos, para que los tibios y negligentes se enfervorizasen, considerando el raro cuidado que el Eterno tiene de todos y para que los indiferentes comprendiesen que sólo la Religión Católica Apostólica Romana es la verdadera, la que debemos obedecer únicamente. En efecto, sólo en el seno de esta santa Religión se han obrado los milagros que exceden á todas las fuerzas y comprensión humanas; ni los más descarados impíos se han atrevido á negarlos, porque están autorizados por el unánime consentimiento de pueblos enteros que, aunque sumidos ya bajo la fría losa del sepulcro, han dejado sin embargo sus bellos recuerdos á sus hijos que de generación en generación los han transmitido; milagros que subsisten al través de los siglos, esculpidos con indelebles caracteres en el mármol, en el bronce, en el yeso, en la madera y en el papel; milagros, finalmente, cuyos vestigios se admiran hoy día y que ni los críticos, ni los muy peritos en el reconocimiento de las antigüedades pueden en buena conciencia demostrar lo contrario de lo que publica la fidedigna historia de los mismos.